

EL PARADIGMA  
DE LA LEALTAD  
EN SANCHO PANZA



CARLOS GARRIDO CHALÉN  
MILAGROS HERNÁNDEZ CHILIBERTI

**CARLOS GARRIDO CHALÉN Y MILAGROS HERNÁNDEZ CHILIBERTI**

EL PARADIGMA DE LA LEALTAD  
EN SANCHO PANZA

## INTRODUCCIÓN

Cuando Miguel de Cervantes —con el acierto de un acucioso provocador de controversias existenciales, pero a la vez de un operador de fantasías con las que se burlaba de sí mismo y de su sociedad— creó a Sancho Panza, seguramente no pensó en dotarlo desde su estructura de creador, en un ser de carne y hueso; regordete y panzón; sensiblero y respondedor; y al soplarle la nariz, para darle vida, tampoco planificó hacerlo constructor de refranes para coprotagonizar con el patético Alonso Quijano, las historias de caballería más insólitas que ha conocido la humanidad.

Lo hizo, sin querer o queriendo, dotándolo de una carga presuntuosa de inocencia (algunos dicen de sabia idiotez) pero también de una lealtad, paradigmática, no tanto por su carácter de ciega, sino también interesada, cómica, loca, irracional, pero en el fondo sabia, que permitió dotar al producto final, que es la obra “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, de características que, aunque pudieron ser comunes para su tiempo, le dieron a la literatura de caballería (que en ese entonces le azuzaba el cerebro a los lectores) el prestigio filosófico y esa luz que —no obstante lo que pensaba Lope de Vega, con quien se disputaban el mismo territorio— solo su autor pudo lograr.

Es que todo eso lo permite el recurso de la literatura, a la que el escritor accede para ser él, nosotros y los demás. Miguel de Cervantes, no fue a buscar a El Quijote y Sancho, fueron ellos los que lo buscaron. El Padre de las letras castellanas, no se abrió entonces para encontrar el Bhagavadam o las encarnaciones de Vishú o los Sefiroths de la Cábala o para entender a ese Osiris muerto por Tifón después resucitado por Isis o hurgó en la Tebaida, que algunos colocan al lado del gran símbolo de Prometeo o de Antígona, esa mujer divina que arrasó con los conceptos de la Patria. No fue a la literatura

como los escaldos, los druidas y los bardos que le cantaban a la muerte y la resurrección de Tarenis o de Tetenus y repartían entre sus fieles el muérdago sagrado o el boj bendecido en las fiestas del solsticio de estío, rindiéndole culto a la virginidad de las sacerdotisas de la isla de Seyne. Lo hizo a través de dos personajes sencillos, paradigmáticos, locos de remate, que han tenido el privilegio de haber sobrevivido a los siglos y seguir viviendo con sus maneras asaz incomparables.

La tragicomedia perpetrada, con un Quijote entregado a la búsqueda de su bella, virginal y virtuosa “Dulcinea”, inexperta acaso en los tan necesarios deleites y arrumacos íntimos, (porque si no existía, jamás pudo experimentarlos y si en la imaginación loca de su cándido amante, Cervantes, la reprodujo de la mujer que él mismo imaginó para sus retaceos orgásmicos o la emuló de alguna que en el transcurso de su vida llegó a conocer y para disimular, se la chantó a su personaje), coloca a Sancho, que al parecer le importaba un comino su propia presencia, como un personaje que ante la promesa de llegar a ser Gobernador de la ínsula Barataria, (sueño que se patentiza en el capítulo 32 de la segunda parte de la novela, cuando el Duque le dice a Sancho: «Os mando el gobierno de una (ínsula) que tengo de nones, de no pequeña calidad» (II, XXXII); y en el capítulo 45 en la que toma posesión física de la oferta y don Quijote se da el lujo de aconsejarlo cómo gobernarla), desarrolla una serie de consideraciones como acompañante, guía y protector del Caballero, que le atañen a la lealtad, sobre cuya conceptualización no se ponen de acuerdo ni filósofos, ni psicólogos, ni psiquiatras, ni sociólogos, ni en los tiempos modernos los estudiosos de la religión, los políticos, los economistas o los estudiosos del ámbito de los negocios y la mercadotecnia, pero que en el fondo, pero bien al fondo, resulta ser una devoción o consiste en la entrega de un ser humano a otro, o a una causa, movimiento, territorio, país o comunidad, como una adhesión que involucra sentimientos, principios y a veces complicidades ciegas, que ni los argumentos más forzados pueden convencer.

Interpersonal o no, la lealtad, puede ser considerada como un valor agregado, generado por el amor, la hermandad, la amistad, la coincidencia de

principios, consideraciones vinculadas al honor y la gratitud, pero también al interés, como cuando uno guarda fidelidad, defiende, se adhiere y es leal a una causa o planteamiento personal, comunitario, político, económico, sociológico, o de alguna otra naturaleza, esperanzado en que de alguna manera y en algún momento va a ser correspondido o beneficiado.

En todo ese sancochado, en el que han participado para definir la lealtad, grandes personajes desde Esquilo, Joseph Conrad, Josiah Royce y John Gadsworthy, hasta grandes estrategias de la guerra como Sun Su, la lealtad, se ha sostenido en un péndulo de dudosa procedencia.

En ese maremágnun semántico, al que se han prestado enciclopedias de gran prestigio como la Británica, que en su oportunidad se limitó a definir recortadamente la lealtad solo como “la adhesión al soberano o gobierno establecido al país de uno” o “como la devoción personal y reverencia al soberano y a la familia real”, han llegado muchos agoreros a creer que la lealtad, es una alerta frente a una realidad, una reacción frente a un camino, una especialidad moral que bajo el morral de los afectos y los sentimientos, genera actitudes de sumisión y a veces de arbitrario consenso, como en el caso de la Biblia (Mateo 6:24) que establece que “Nadie puede servir a dos señores, porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro”, con lo que crea límites morales al sentido de la lealtad, para no convertirse en una vulgar hipocresía.

Josiah Royce, filósofo idealista, fundador de la Escuela de lógica, álgebra y Fundamentos de la matemática de Harvard, en su libro “La filosofía de la lealtad” (1908), la concibe como una virtud primaria, “el centro de todas las virtudes, el deber central entre todos los deberes”; «la devoción consciente, práctica y amplia de una persona a una causa objetiva y externa. Para él, el concepto de lealtad no puede imputarse a uno mismo o encontrarse como un afecto a la propia persona, cuando la filosofía cristiana postula la consigna de que el hombre debe amar a su prójimo como a sí mismo, porque si no es capaz de amarse a si mismo no será posible amar a los demás. Nosotros creemos

que la lealtad tiene mucho que ver con la honestidad. El deshonesto jamás podrá ser leal.

Quijano (don Quijote), a quien alguien abruptamente definió como “un manchego de la puta madre”, expresión de dudosa connotación con el que no estamos muy de acuerdo, tras ser armado caballero andante en una ridícula ceremonia, elige como su escudero a Sancho Panza, “un labrador vecino suyo, hombre de bien...pero de muy poca sal en la mollera (Libro I, Capítulo VII)., y le toma juramento de seguirle fielmente, no obstante que sus locuras lo atolondran.

En su natural simpleza, seducido primero por la fe en su amo y luego por su ambición, decide ser leal, subordinando su lealtad a la posibilidad futura de ser nombrado Gobernador de las tierras que rodeaban su chacra y sus caminos; y mientras don Quijote se dedica a deshacer imaginarios entuertos, Sancho, sencillo y pacífico, se pone en la posición de tratar de disuadirlo para que no se meta en “camisa de once varas”, que les complican la vida. Y es allí donde se ve el genio de Cervantes, su inmensa calidad por dotar a la humanidad de lecciones magistrales.

El crítico Joaquín Casaldueiro, discípulo de Ramón Menéndez Pidal, llegó a describir la relación de don Quijote y Sancho como “vivencia de tú a tú”, considerando el idealismo del uno (“del antihéroe absurdo pero entrañable”) que “cabalga junto a la humana y esencial ambición del otro”, aunque comete el error de hablar de un Sancho “sin fuerza espiritual ni física”, (otros celebran “lo serio de su comicidad” y “lo cómico de su seriedad”), cuando precisamente en su lealtad, en su “tú a tú”, e interacción constante e identificación y fidelidad absoluta, reside esa fuerza espiritual que el crítico le niega; y porque al final, sean cuales fueran las circunstancias de su medianidad, de esa poquedad de espíritu que con razón o sin razón se le endilga, ese personaje le pone con sus aires de mediador, de controlador de las imprudencias locas de su Caballero, sabor a la obra total, sin cuya presencia no hubiera tenido el éxito logrado. Don Quijote es el personaje principal, pero Sancho, como su escudero y gran refranero y por eso sabio, su complemento imprescindible.

- La lealtad de Sancho en la novela cervantina, se convierte en un paradigma que nadie puede negar, como tampoco su sabiduría consignada en sus frases célebres que el mundo hizo suyas como “Donde una puerta se cierra otra se abre”, “No con quien naces, sino con quien paces”, “De noche todos los gatos son pardos”, “Ándeme yo caliente, ríase la gente”, “Cuando a Roma fueres, haz como vieres”, refranes a los que tanto acudía el escudero, que don Quijote terminó por decirle en la segunda parte del, capítulo LXVII:
- No más refranes, Sancho, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar a entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo en refranes y que te vayas a la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto, y castígame mi madre, y yo trómpogelas.
- Paréceme –respondió Sancho– que vuesa merced es como lo que dicen: “Dijo la sartén a la caldera: Quítate allá ojinegra”. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.
- Mira, Sancho – respondió don Quijote –: yo traigo los refranes a propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráelos tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene a propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y, pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algún trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.

En “El sin par Sancho Panza: Parodia y creación”, su autor Eduardo Urbina, expresa que “con el redescubrimiento en los últimos años del Quijote como obra cómica burlesca, se ha visto la necesidad de evaluar nuevamente su condición paródica, sus raíces folklóricas y lo que hay en su creación de popular y carnavalesco”; que “tal interés ha reavivado el estudio de la figura de

Sancho Panza, según se le entiende como rústico, criado, escudero, bobo, pícaro, tonto, loco o enano” y que “es necesario repasar la crítica más sobresaliente sobre Sancho a fin de ensayar una posible solución al pluralismo aludido”.

Urbina asegura que “el principal defecto que ha cometido la crítica, es realizar el análisis punto por punto, pero en el vacío, sin tener en cuenta la necesidad de hacer una lectura contextual del Quijote” y que “es imposible trazar un análisis válido y coherente de Sancho como personaje saltando de episodio, de Parte a Parte, sin hacer caso de la imposición de relaciones intertextuales y paródicas, o sea sin tener en cuenta no ya al tan dificultoso tema de la ironía cervantina, sino el proceso mismo por el cual se crea la ficción. El resultado de ignorar tales determinantes de la narración, es una imagen desfigurada y desmembrada de Sancho, que poco sirve a la hora de acercare a través de ella al texto y a su significado”.

Este trabajo no pretende repasar la crítica sobre Sancho Panza, hecha a través del tiempo y tampoco contradecir las alegaciones formuladas contra ese personaje de ficción, como si fuera un ser real, pero sí dejar constancia de que el gran mérito de Cervantes en su obra magistral, fue precisamente el de generar de la nada, los personajes que allí consigna, seguramente bajo influencias concretas de su tiempo, pero bajo el texto y contexto de iniciativas geniales, de propuestas filosóficas que pueden servir a la humanidad, dados los valores que contienen.

Un Paradigma (del griego Paradeima), significa modelo, tipo o ejemplo. Al titular este libro: “El paradigma de la lealtad en Sancho Panza”, lo que hemos querido, no es alardear de estar creando una nueva posición crítica respecto a la obra cervantina, sino llegar a la conclusión de que ciega, interesada, imperfecta, obtusa, tonta, irreal, o como la llamen, la conducta leal que en la obra de Cervantes, asumió Sancho Panza con Don Quijote, tiene esa connotación, que es preciso demarcar.



I

## EL PARADIGMA DE LA LEALTAD EN SANCHO PANZA

Gilbert Keith Chesterton, decía que es difícil dar una definición de la lealtad, pero que podríamos acercarnos a demarcarla, si la llamamos “el sentimiento que nos guía en presencia de una obligación no definida”.

Antonio Genovesi vociferaba que “hasta la supervivencia de una banda de ladrones necesita de la lealtad recíproca”, lo que a nuestro parecer está equivocado porque no se puede confundir ese valor con la complicidad dolosa, que es en realidad un desvalor y no un acto de fidelidad.

William Shakespeare, aseguraba, muy a su manera, que “la lealtad tiene un corazón tranquilo”, porque en definitiva, ella, es el valor que nos compromete a defender lo que creemos y en quien creemos, y la virtud que más se relaciona estrechamente con la amistad, el respeto, la responsabilidad, el honor y la honestidad. Jamás con la ilegalidad dolosa o dañosa, que cunde y se fomenta en el territorio despreciable y penalizado del delito.

Sólo los leales logran superar la superficialidad y llevar la amistad a su etapa más entrañable y auténtica. Por eso, es esencial en la amistad. Los conocidos se hacen amigos a través de la lealtad y la confianza mutua; y los familiares y otras personas del ámbito social, como los trabajadores por ejemplo, desarrollan su potencialidad de afecto e incluso hasta de amor y fe, identificación y entrega, a través de los actos que promueve la lealtad sin cortapisas. Lo contrario a la lealtad es la falsedad y la traición.

El leal cuida sus actitudes y sus gestos para no incurrir en deslealtades, porque la lealtad desarrolla nuestra alma a plenitud, transformándonos en mejores seres humanos, desde que es una obligación de fidelidad que un

sujeto o ciudadano le debe a una persona, a sí mismo, un gobierno, un pueblo, una causa, un estado y hasta al planeta.

Precisamente por éste extremo, Carl Sagan, llegó a asegurar que: “Nuestra lealtad es para las especies y el planeta” y que “nuestra obligación de sobrevivir, no es sólo para nosotros mismos, sino también para ese cosmos, antiguo y vasto, del cual procedemos».

Muchas obras a través de los siglos, se han estructurado inspiradas en ese y otros grandes valores que sustentan a la humanidad. “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” de Miguel de Cervantes Saavedra, la obra desmitificadora de la tradición cortés y caballeresca, catalogada en el año 2002 por 100 escritores de 54 países, como la primera y mejor novela moderna jamás escrita, es un ejemplo de ese aserto, pues a través de sus personajes Don Quijote y Sancho Panza, no obstante la loca locura en la que transitan, y los momentos de ira, rabia o cólera que manifiestan en la primera parte de los Capítulos VII, XXII, XLV, XXX, XXXVII y XLVI y en la segunda parte de los Capítulos IX, XXVI, XXXI, XLVII y LVIII, transmiten valores o criterios universales que fácilmente pueden ser analizados para entender las virtudes humanas.

Irma Céspedes Benítez, afirma que “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza” funciona a modo de espejo en el que los lectores nos contemplamos bajo los diversos prismas, patrones o modelos que ofrecen sus personajes e integran nuestra cultura. Según ella, ésta contemplación permite comprender los ideales absolutos y perfectos que debemos asumir en una — muchas veces— deformada personalidad (Céspedes Benítez, 2001: 73,74)

La Obra de Cervantes, que denuncia frontalmente la corrupción moral del siglo XVI, y la falta de justicia y veracidad de la época, nos recuerda principios fundamentales como la fidelidad, el agradecimiento, la humildad, la paciencia, la generosidad, la cortesía, la elocuencia, la valentía, la abnegación, la magnificencia, el deber, la honestidad, el coraje, la valentía, la búsqueda de la justicia, entre otros, que definitivamente son indispensables para una mejor convivencia social.

Don Quijote (que en tanto don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto Alfonso Quijano el Bueno fue don Quijote de la Mancha), siempre de apacible condición y de agradable trato, y por eso bien querido por los de su casa, y de cuantos le conocían (parte II, Capítulo LXXIV). Tanto que la Duquesa de la obra le llegó a expresar, como un homenaje impredecible, "... según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad..." (parte II Capítulo XLIV); y el propio caballero andante, dijo de sí mismo: "(...) que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas ..." (parte I, Capítulo XXVI); y su fiel escudero Sancho Panza, a través de la amistad que celebran y consolidan con sus actos increíbles, y el deseo ferviente que los impele a cumplir con su deber, ("somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien ejecuta en ella su justicia" (parte I, capítulo XIII), hacen que, tanto el uno como el otro, con pareceres opuestos al comienzo, lleguen a "mimetizarse" entre si y a pensar de forma casi análoga en el transcurso de la historia, siempre alrededor de valores que terminan por demarcar sus personalidades.

Es así, como el a veces grotesco Don Quijote defensor de las doncellas menesterosas, de tan inusitada grandeza moral, - quien al final del Capítulo III expresa su agradecimiento al ventero que lo ungió como caballero andante; en el capítulo XIV, a unos pastores, que después de haber defendido a una pastora, llamada Marcela, considerada como culpable de la muerte de Crisóstomo, lo invitaron ir a Sevilla para continuar su ruta andante; en el capítulo XXI explica que es "De gente bien nacido (es) agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud" y en el capítulo LI, sostiene que "la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho, da indicio que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace" - termina siendo en el fondo un Sancho Panza recurrente y por eso mismo también fiel; y éste que se interioriza en las virtudes de su Señor (que una vez reaccionó frente a un insulto formulado por un cabrero diciéndole: "Sois un grandísimo bellaco, el vacío y el menguado; que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió"), permitiendo

que se adhieran a su personalidad - un Don Quijote reflexivo, leal y consolador, que en el capítulo XXVII agradece al cura y al barbero, por haber aconsejado a su señor, que se convierta en preclaro emperador, en vez de melindroso arzobispo. Y tanto es ese mimetismo conductual, ese fusionarse el uno en el otro, que vemos en un pasaje de la segunda parte, Capítulo XXXII, que la misma duquesa, al ver sus modales renovados, le expresa:

(...) “Bien parece, Sancho, que habéis aprendido a ser cortés en la escuela de la misma cortesía. Bien parece, quiero decir, que os habéis criado a los pechos del señor don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias (...). Bien haya tal señor y tal criado, el uno, por norte de la andante caballería, y el otro, por estrella de la escuderil fidelidad... “

La otra virtud, que se menciona desde la primera parte en los Capítulos II, VII, XII y XXIII, como un rasgo inocultable del principal personaje de esa obra inmortal, que era un comedido caballero, no obstante su locura, es la cortesía. Al final de éste último Capítulo, un muy expresivo Don Quijote saluda con gran deferencia a un joven desconocido, llamado Cardenio, retribuyéndole su cortesía:

“En llegando el mancebo a ellos, les saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido...”

Esa entrañable amabilidad y cortesía, que le salía del alma, anegada de otras virtudes que resistieron a su locura, (ese “grandísimo loco”, “loco pero gracioso”, “valiente pero desgraciado”, “cortés pero impertinente”, decía de él el pueblo), a las que se agregaba su gran respeto a los ancianos (“No, Sancho amigo. No me estaba a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados...”: parte II, Capítulo XXIII), es confirmada en el

Capítulo LII, cuando ese “gran mentecato” que fue su propio escudero, creyéndolo muerto después de haberse enfrentado a un grupo de personas que iban en procesión, expresa:

(...) “era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal a nadie en todos los días de su vida...¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede !”

O cuando en la parte II del Capítulo XIII, anota de su Señor:

(...) “tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna. Un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga”.

Y cuando llega a su pueblo, al final de la novela, hace la siguiente proclama:

(...) “Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también a tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo ; que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede...” (II, LXXII).

La cortesía con la que en la parte II del Capítulo II recibe al Bachiller Sansón Carrasco, antes de su tercera salida con Sancho Panza, termina por configurar esa calidad que lo enaltecía, y que lo hicieron reclamar a otros caballeros de la época, pedantes y descortesés por su mal proceder:

“(...) y háblese más comedidamente; que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras” (parte II, Capítulo XIII ).

(...) no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea ; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas ? (parte II, Capítulo XIV).

(...) “Don Quijote de la Mancha es caballero aventuro, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo” (Capítulo XVI).

(...) “Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice” (parte I, Capítulo XIX)

(...) “Yo me meto (...) como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía..”. (parte II, Capítulo XXXVII).

Otra de las virtudes que se aprecia en el texto de la inmortal obra literaria, y que le reconocen en su análisis infinidad de críticos, es la paciencia, algunas veces perdida, en cuyo vademécum, tanto el Quijote como Sancho Panza, se potencian, como cuando por ejemplo, en el Capítulo XII, de la primera parte, conversa aquel con un cabrero que lo incomoda por el uso desafortunado del idioma; y en vez de increparle, se calma y le dice:

(...) “Perdonad, amigo que por haber tanta diferencia de sarna a Sarra os lo dije; pero vos respondisteis muy bien, porque vive más sarna que Sarra ; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada (I, XII).

Los otros valores que la mayoría de autores reconocen en la obra de Cervantes son: el valor y el coraje que puede verse en la primera parte en los Capítulos VIII, XV, VI, XVIII, XIX, XXVI, XLIV; y en la segunda parte en los Capítulos IV, XVII, XXI y LXXII; y el saber y el conocimiento, que se registran en la primera parte de los Capítulos XXV, XLII, XLIX, LII, XLIX, LVIII, LX, LVIII; y en la II parte en los Capítulos VI, XVI, XVII, XXII, XXIV.

Y en realidad se podría escribir libros tras libros, analizando el tema de las virtudes que eslabona con genial criterio el autor de El Quijote. Pero no es intención nuestra reiterar inoficiosamente en esos temas ya comunes, sino fundamentalmente tratar sobre las virtudes, que por encima de su simplicidad y humildad congénita, sostuvieron como un paradigma, el rango de Sancho Panza en la obra, relacionadas con la fidelidad y el deber, y en concreto con ese gran valor que se ha ido perdiendo en el tracto natural de las generaciones, que es la lealtad.

Por algo es que Don Quijote, quien más lo conocía, le dijo:

(...) “Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico” (parte II, Capítulo XLI).

Y estando próximo a morir, reconociendo cuerdo los defectos de su locura, dice de su compañero:

(...) Y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece (parte II, LXXIV).

Y el propio autor, contagiado por el mimetismo alcanzado por el gran escudero llega a condensar en la obra:

Estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de caballería... (parte I, Capítulo XLIV).

II

## LA LEALTAD COMO EXPRESIÓN DE LA HONESTIDAD

“El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha”, la obra universal de Miguel de Cervantes Saavedra, tiene el privilegio –seguramente por los diversos aspectos polémicos y aportes morales y lingüísticos que contiene– de ser la novela que más ensayos e investigaciones de todo tipo ha promovido.

Posee muchos textos y ensayos sobre la realidad y la fantasía que hasta se ha llegado a decir que los temas que cualquier crítico o simple lector pretenda discernir dentro de la obra, respecto a la conducta de los personajes, los podrá encontrar. Es por eso que sobre Don Quijote y Sancho Panza, se han escrito decenas de ensayos, interpretando de diversas maneras y desde diferentes perspectivas, el carácter, las actitudes y maneras de cada cual y además el mensaje que trasuntan, tratándose de un libro de caballería.

Hasta el momento, sin embargo, nadie se había atrevido a abordar el tema de la lealtad de Sancho Panza, como un paradigma, es decir como un modelo o ejemplo, por las particulares características del Escudero, que no obstante ser un hombre simple, asumió la inmensa responsabilidad – ciega o interesada, imperfecta o como se le quiera juzgar – de acompañante, guía, consejero y protector de su amo Don Quijote, que en su adefesiera pero a veces sabia locura, supo reconocerlo y hacer de su compañía un acopio de experiencias, sin cuya presencia el libro no se hubiera podido definir.

Don Quijote y Sancho Panza hicieron de ese libro de caballería, todo un mundo por descifrar, en el que Cervantes, como un divino precursor y su pluma certera, se adelantó a todos los tiempos, para decir lo suyo, usando la locura como un pretexto y una razón, que le permitieron construir un mundo incomparable.



Erasmus de Róterdam (1469 – 1527), cuyo verdadero nombre era Geert Geertsz (Gerardo, hijo de Gerardo), hijo ilegítimo de un clérigo y de la hija de un médico de Zevenbergen, quien promovió para desagrado de los teólogos, una crítica demoledora - la primera que se hacía desde un ángulo cristiano no tradicional para proponer una moral laica, una nueva ética - contra las instituciones de la época por la inmoralidad reinante, la venta de indulgencias, la falsa religiosidad de los clérigos y el abuso de las jerarquías eclesiásticas, decía que la locura, es, como energía creadora, la base de todas las grandes acciones humanas. Utilizando el arma de la ironía mordaz, que aprendió de Luciano de Samosata, el gran humanista neerlandés alegaba que el mismo Cristo había dicho claramente a su Padre: "Tú conoces mi locura" coligiendo que no era extraño que Dios sintiera tanta predilección por los locos; y que para ello tuvo la misma razón que le asistió a los grandes príncipes para tener como sospechosos y aborrecibles a los hombres demasiado sensatos, como le sucedió a Julio César con Bruto y Casio, cuando nadie recelaba del ebrio Marco Antonio, a Nerón con Séneca y a Dionisio con Platón; y preferir a los espíritus rudos y simples.

Sancho no es un hombre refinado, no obstante su lealtad es la medida de su triunfo. Es un ser humano simple y ciertamente no es de temperamento aventurero, pero se dejó arrastrar... Al principio de la novela, el escudero es gracioso, bobo, ignorante, vulgar y al mismo tiempo inocente, pero, durante el desarrollo de la historia, una transformación sucede en el personaje de Sancho Panza: el personaje cambio en varias maneras, ocurriéndole una evolución cimentada en la lealtad que le demuestra a Don Quijote, su amor y fidelidad lo hacen adquirir una herencia extra-genética que viene de su amo. Sancho finalmente se quijotiza, ganado por su honestidad, que es uno de los elementos constitutivos de la fidelidad.

### III

#### **SANCHO PANZA ES LA MITAD LEAL Y PERFECTA DE DON QUIJOTE**

Cuando nos disponemos a tratar un tema relacionado con el Quijote no tendría total coherencia si excluimos a Sancho Panza. Porque el agudo Don Quijote no es un personaje completo si no va acompañado del ignaro Sancho Panza. Ambos personajes se complementan: el uno no puede existir sin el otro. Sancho Panza es la mitad leal y perfecta de Don Quijote, es la realidad materialista y rústica que se adhiere a la cara del idealismo onírico que solo sueña con la justicia, en una época donde ésta es pisada por la tiranía.

Sancho Panza es un campesino, vecino de Alonso Quijano (Don Quijote). Rudo, elemental, de baja estatura, imprudente, vulgar, comilón, dormilón pero con absoluta lealtad a su señor. Éste es el cuadro que deseamos mostrar de Sancho Panza, a sabiendas de que Miguel de Cervantes lo construyó sobre profundas bases psicológicas, en el sentido de que lo haría crecer cuando en su desarrollo se fuera contagiando del habla y el idealismo de su amo.

Don Quijote y Sancho Panza componen una unidad poética, ambos, al unísono, muestran la complejidad de una persona, materialista e idealista a la vez. Inicialmente, la diferencia primordial entre estos dos personajes es que Don Quijote representa al soñador que inquiere el bien y la justicia con todas sus fuerzas, sin detenerse ante nada, necesitando vivir la vida como una comedia. Por otro lado, Sancho Panza representa al personaje realista que solo se preocupa por el lado práctico de las cosas, mostrando su astucia, su comicidad, y su egoísmo, a pesar de ser también confiado, bondadoso, pero – sobre todo – leal. El primero, se plantea enfrentarse con todos los detalles que puedandarle gloria a un caballero andante y actúa como los héroes favoritos de

sus lecturas predilectas, lo que lo lleva a sufrir innumerables fracasos, pero no se desanima por ello; el segundo, representa al apego a los valores materiales.

Finalmente, don Quijote se desgasta y debilita hasta morir, pero Sancho se recarga y fortalece, heredando su justicia disfrazada de locura.

## IV

### LA LEALTAD DE SANCHO PANZA SE ERIGE SOBRE UNA PROMESA

La lealtad es la fidelidad o devoción de un ser a otro ser; es un valor que consiste en nunca darle la espalda a determinada persona, las cuales están unidas por lazos de amistad o por alguna relación social. La lealtad es un valor que se demuestra a través de los actos y que en algunos casos es muy difícil de demostrar.

La obra de Cervantes narra la historia de don Quijote, un hidalgo con rasgos de locura que desea ser un caballero, y con tal fin sale en busca de aventuras, acompañado de su leal escudero Sancho Panza, quien es un campesino analfabeta, pero aceptó acompañar a don Quijote en sus episodios, a cambio del gobierno de una ínsula (algo que al campesino le debió parecer muy bueno, pues desconocía el significado de 'ínsula'), además le ofreció casar a sus hijas con nobleza. Sancho se muestra interesado y acepta ir con el caballero a cambio de ese poder.

Si bien es cierto que esa promesa fue el gancho, que movió a un iletrado a seguir a un loco muy leído no es menos cierto, que en el transcurso de las alocadas aventuras Sancho se fue apegando cada vez más a su amo, confiando más en lo que veían los ojos de don Quijote que en sus propios ojos. No obstante, nunca se olvidó de la oferta con la cual Don Quijote compró su fidelidad.

Sancho Panza de ser un personaje vulgar y rudo como se puede creer, se va amoldando a su señor. La evolución de Sancho es evidente al punto que al final, termina comportándose y hablando él. El personaje cambia de varias maneras, y al mismo tiempo hay aspectos de Sancho que se quedan y son parte de él desde el principio hasta el final de la novela. Sancho crece en

algunos aspectos, pero siempre tendrá las características de un hombre del pueblo, simple y rústico; eso nunca cambiará.

Cuando Don Quijote le pide que le acompañe, le promete ser gobernador de alguna ínsula y correr muchas aventuras. Sancho acepta la proposición, pero sus ideales son diferentes a los de Don Quijote: él busca la fama y el dinero. Así vemos que Sancho, aunque es un labrador, empieza a creer que puede hacer cosas que no son posibles. Sancho está cambiando hacia un tipo de hombre más fino, algo que también se ve en su lenguaje, pues siempre está llamando a Don Quijote "Vuestra Merced" y parece que de alguna manera Sancho, aunque es todavía vulgar, está adoptando características más suaves y nobles.

Las mentalidades de Don Quijote y de Sancho Panza, son diferentes. La de Don Quijote solo puede pensar en caballerías; todo lo que ve es similar a lo que ha leído y si no tiene esta forma entonces él crea una imagen que se adapte a las leyes de su mundo de caballería. La imaginación de Sancho Panza muestra rasgos de existencia, pero un hombre que no sabe leer, posee limitado pensamiento, simplemente basado en lo que ha visto, y escuchado.

Pero la muestra más evidente de la qui jotización de Sancho Panza la podemos apreciar en el Capítulo XLV, cuando Sancho toma posesión de la ínsula. Al pensar en ser gobernador actúa como Don Quijote, ve todo como quiere verlo y en esto influye también su ignorancia, ya que hay muchas cosas de las que no tiene un conocimiento previo, y por tanto no puede dudar.

El escritor peruano Ciro Alegría defendía como Montagne la tan difícil de juzgar "sabiduría de los ignorantes" o lo que los ilustrados llamaban "la bondad natural del buen salvaje", solidarizándose con una cultura incipiente, muy inorgánica e incapaz de vivir "todas las patrias", como soñaba Arguedas para "todo hombre no embrutecido por el egoísmo". Pero ninguno pudo históricamente prever que esa sabiduría tradicional, instintiva, sin padre inmediato conocido, se pierde, óptica y ontológica, cuando el ignorante es envilecido por la opulencia y la ambición desmedida. No por su acceso fácil al

error en el que solemos incurrir todos, sino porque la ignorancia propicia una atomizada visión del mundo, concibiendo la riqueza como una entelequia sustitutoria de la cultura. El ignorante opulento está al mismo tiempo dentro y fuera de las dos connotaciones clásicas, que se han usado para conceptualizar la cultura, porque ha formado una cultura con su Incultura o viceversa, una cultura con su elemental cultura, lo que lo diferencia de quienes se encuentran en la parte más encumbrada del espectro, en la medida que hay “cultos” dotados de inmenso conocimiento, pero de gran malevolencia que actúan como ignorantes, y en ocasiones la ignorancia es más un estado de conducta que un grado intelectual o de entendimiento.

José Ingenieros sostenía que “un ser de escasas aptitudes desprovisto de toda educación, es un fronterizo de la imbecilidad”. Alegaba que sin estudio, no se tiene ideales, sino fanatismos y que el entusiasmo vidente de los hombres que piensan, no es confundible con la exaltada ceguera de los ignorantes. Para él, el ignorante es siempre débil, incapaz de confiar en sí mismo y de comprender a los demás, anotando que en la cultura está el secreto de toda elevación, pues ella engendra la única excelencia legítima, apuntala nuestras creencias, aguza el ingenio, embellece la vida y enseña a amarle.

Independientemente de esas afirmaciones relacionadas a la educación y la cultura y volviendo al tema que ha motivado esta obra, vemos que Sancho Panza demuestra ser tan leal a don Quijote, que hasta se quijotiza. Esta característica podemos observarla en diversas ocasiones como cuando acompañando a su amo, pelea ante los arrieros, o cuando se somete a tres mil trescientos azotes para librar a Dulcinea y los momentos al lado de él antes de su muerte.

Como primer hecho podemos observar cómo es Sancho Panza, lealmente, acompaña a don Quijote a defender a Rocinante. A pesar de que los arrieros eran más de diez don Quijote no dudó en enfrentarlos, y Sancho Panza, sin orden alguna, decidió acompañarlo: “...Lo mismo hizo Sancho, por no dejar solo a su señor”. A través de esta cita textual observamos cómo es

que Sancho sin pensarlo dos veces decidió apoyar a su señor en la batalla, arriesgando su propia existencia.

En esta obra podemos observar cómo es que Sancho Panza demuestra ser leal a don Quijote, esta lealtad es la base del fenómeno de quijotización que va transformando al campesino, podemos observar esta característica en diferentes ocasiones, entre las cuales destacan las siguientes: cuando Sancho peleó ante los arrieros junto a su amo, cuando se sometió a tres mil trescientos azotes para librar a Dulcinea y los momentos al lado de su amo antes de su muerte.

En el segundo caso aparece el príncipe de los magos, Merlín, quien le menciona a don Quijote que la única manera de recuperar el estado anterior de Dulcinea era necesario que Sancho se dé tres mil trescientos azotes. A pesar de que al principio Sancho se negó, este termina aceptando el castigo de los azotes. En mi opinión, a través de este acto Sancho demuestra hasta dónde puede llegar su lealtad hacia don Quijote.

En el tercer y último acto se puede observar cómo es que al estar don Quijote en su lecho de muerte, Sancho no lo abandona y siempre está a su lado: "...su buen escudero Sancho Panza no se apartó de su cabecera". Esta cita textual demuestra la lealtad de Sancho hacia don Quijote, incluso en un momento tan difícil.

Puede afirmarse que en un principio Sancho Panza se fue con Don Quijote más por interés que por amistad, porque el caballero le había prometido una ínsula, es decir, lo sigue más por una mezcla de ignorancia e interés. Pero cuando el caballero le entrega la ínsula, el fiel escudero usa su imaginación al estilo de su amo pensando en lo que tiene que hacer como gobernador, sin darse cuenta de la verdadera realidad.

Sancho demuestra en innumerables ocasiones y actos su lealtad hacia don Quijote, imponiéndolo implícitamente como un valor de la amistad, de la

honestidad y de la entrega sacrificada, en un tiempo – como ahora mismo - en que era fácil declararla, pero muy difícil demostrarla.



## V

### **SIMPLE, TONTO, LEAL, PERO TAMBIÉN UN DIGNO GOBERNADOR**

Si el verdadero protagonista de las dos partes del Quijote es el hidalgo Alonso Quijano, junto a él destaca la figura entrañable de su escudero Sancho Panza. Éste es un hombre simple, de apetito robusto y educación escasa, pero lo que le falta en educación, le sobra en sabiduría popular, por lo que en sus diálogos con don Quijote abundan las frases hechas y refranes, aunque a veces confunde palabras y comete otros errores lingüísticos graciosos que el caballero tiene que corregir. Fue creado como el complemento que necesitaba don Quijote, proyectado inicialmente como un loco.

Al principio de la obra, en la segunda salida de Don Quijote, Sancho se convierte en su escudero y lo acompaña hasta el final, aunque se separan en algunos capítulos. La primera vez que se cita a Sancho en la obra es cuando Don Quijote decide seguir los consejos que le da el ventero (el que lo nombra caballero), que le dice que ha de llevar consigo un escudero.

Cervantes apenas se preocupó de describir a Sancho físicamente, se limitó a decirnos de manera un poco burlona que tenía «la barriga grande, el talle corto y las zancas largas». De las pocas descripciones que nos da, podemos deducir que tiene un comportamiento tranquilo, que era bebedor, glotón, pequeño y gordo.

El escudero es una mezcla de ingenuidad, tontería y agudeza, esto le da verosimilitud y originalidad al personaje. Es un hombre realista y práctico que lo seguirá fielmente, a pesar de que no entiende sus idealismos. Mientras Don Quijote se dedica a deshacer imaginarios entuertos en su camino; Sancho, sencillo y bonachón, tratará de disuadirle para que no se complique la vida.

Sancho va demostrando a lo largo de la novela su cordura y se va enriqueciendo humanamente hasta que su personalidad adquiere un peso comparable a la del caballero. A esto debe atribuirse la famosa qui jotización de Sancho, tan notada por la crítica.

En la primera parte es el personaje acompañante de don Quijote. En la segunda, adquiere más importancia, llegando a protagonizar incluso muchos episodios. Destaca como gobernador de la ínsula Barataria por su sensatez. Se acentúa también el proceso de qui jotización y reclama la importancia que como personaje le corresponde. En síntesis, Sancho Panza delimita el mundo de don Quijote, señalando el mundo externo; ayuda a descubrir la personalidad de su amo y aporta el elemento cómico y de lealtad a la obra magistral del Padre de las Letras castellanas.

El rasgo más chocante de su habla es el continuado empleo de refranes. El refranero representa el bagaje cultural popular acumulado a través de los siglos. Tradicionalmente, el campesino ha recurrido a los refranes como manera de solventar las limitaciones culturales y lingüísticas, típicas de épocas pasadas. Los dichos populares le permitían manifestar su parecer y justificar su modo de obrar de forma rápida y sencilla; pues conseguía resumir todo su pensamiento en una frase que sabiamente lo expresaba mejor y más eficazmente. Sancho es reflejo literario de esa costumbre, y a lo largo de la obra presentará multitud de dichos populares que la ejemplificarán.

Otro rasgo del habla de Sancho son las incorrecciones que comete al hablar debido a su poca formación cultural, aunque este rasgo, que tiene una finalidad cómica, se va suavizando a lo largo de la obra. Sancho Panza se presenta más como un personaje simple, ingenuo y crédulo que como un loco, aunque muchos lo creen también un mentecato, como a don Quijote.

Para Sancho, la locura de don Quijote llegará a significar una especie de seguridad, por lo tanto, está desesperado a la hora de la muerte de su amo y de todas las maneras posibles intenta mantenerle en su locura.

En la primera parte de la novela Sancho Panza se da cuenta, es consciente de las locuras de su señor e intenta convencerlo para que no haga ciertas cosas, pero la evolución de Sancho es evidente en la segunda parte, pues ya ve la realidad de una manera similar a la de su amo. El ejemplo más evidente es el capítulo de la ínsula.

Un Duque y una Duquesa engañan a Sancho y le mandan a la Ínsula Barataria para que todos se puedan reír de él. Ser gobernador es un sueño que Sancho ha tenido, pero cuando los Duques ofrecen el trabajo a Sancho, éste está muy indeciso. A la larga, Sancho acepta el trabajo solamente "por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador".

Lo sorprendente es que en la Ínsula Barataria, en realidad Sancho hace un excelente trabajo como gobernador. Él soluciona muchos problemas y eso muestra que ha aprendido de sus aventuras con su caballero, Don Quijote. Podemos ver la justicia de Sancho en su "intención de limpiar su ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazanes y mal entretenida". Pero al final se observa cómo Sancho maldice su gobierno, aunque en íntimo secreto.

La motivación primera de Sancho durante gran parte de la novela fue conseguir esa gobernación, y ahora no la quiere. Sin embargo, todo lo que él creía que conseguiría no le fue dado, por lo que su desilusión es grande. Así, en su carta a Don Quijote, puede observarse cierto cambio en su vocabulario, así como la total convicción acerca de su gobierno insular.

Para terminar, debemos entonces concluir, que el tema de la lealtad paradigmática que Sancho Panza acreditó, es definitivamente incontrovertible; y que fue un gran acierto de Miguel de Cervantes Saavedra, gran conocedor del alma humana, incluirlo en su obra magistral, como un ejemplo –sean cuales hayan sido sus motivaciones– para la emulación en circunstancias ajustadas a la realidad, la verdad, la honestidad y la justicia.

## V

### **SANCHO PANZA, HÉROE Y HEREDERO**

Cuando se concluye la lectura de la novela “El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha”, los lectores experimentan una gran satisfacción, pero, quizás a muchos les quede revoloteando en la mente una gama de planteamientos extraliterarios, como por ejemplo: ¿Qué sería de la vida de Sancho Panza, luego del deceso de Don Quijote? ¿Se habrá vuelto más inteligente? ¿Se le habrá llenado la mente de fantasías?, y en cualquier caso... ¿Cómo lo habrán recibido sus familiares y amigos? ¿Será que los seres que le rodearon y sus descendientes, supieron apreciar su demostrada lealtad a la amistad en una dimensión justa?

Cervantes no pudo ofrecer ciertos detalles posteriores a su magno libro, si lo hubiese hecho sería absurdo porque lo extraliterario no forma parte de una novela. Por lo tanto, ignoramos el destino de sus personajes, de tal manera que solo queda dar rienda suelta a la imaginación.

La jugada del caballero andante fue enormemente superior en todos los sentidos a la del escudero, de tal manera, el tributo que pagó por su derrota fue también muy superior: la muerte. Una vez satisfecha su sed de inmortalidad como “Don Quijote de La Mancha”, con la publicación de la crónica de sus andanzas por Cide Hamete Benengeli, ya no tendría sentido retornar a la simpleza de la vida familiar y campesina. Habría resultado patético regresar ante sus paisanos con el nombre del personaje idealista, para seguir llevando una modesta vida de hidalgo viejo, pobre y sin descendencia. De manera tal que prefirió morir con su nombre de pila, Alonso Quijano, reconciliado con la realidad racional y asumiendo la derrota.

Por su parte Sancho Panza retorna a la vida aldeana para reencontrarse con su señora Teresa y su hija Sanchica, semejante a un viajero conquistador que hubiera regresado con las manos vacías, pero con la complacencia de haber acariciado con ellas toda la riqueza del mundo y de haber visto mucho más que si hubiera permanecido en su granja, machacando terrones y atendiendo a las necesidades primarias de su necesitada familia. Seguramente, por unos días, echaría de menos la existencia agitada que compartió con Don Quijote durante los meses de andanzas por tierras españolas.

De ahí el frenesí de Sancho ante el lecho de su amo agonizante, cuando le ruega que no se muera, que viva muchos años, que se levante de la cama a fin de reanudar sus correrías, ahora bajo el disfraz de pastores, como habían concertado poco antes de llegar a la aldea... *“porque la mayor locura en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos que le acaben que las de la melancolía”*. Con estas palabras de lealtad, se completa el proceso de *quijotización* del escudero en el momento justo en que Don Quijote se desprendía definitivamente de su locura quijotesca.

El conflicto de Sancho Panza fue entender que su amo estuvo jugando al teatro, cuando lo obligaba a actuar como parte de la función que cumplió con la lealtad más pura, capaz de enmarcarse en un paradigma. Pero de repente se ve en el retorno de la realidad... Sin embargo, ya el escudero se había instalado en su papel, sin prever la posibilidad de que dicha comedia terminase algún día a causa de que el principal protagonista despertara de su onírica pasión. Finalmente Sancho se conforma como el verdadero ganador, puesto que se enamoró de su rol por pura diversión y no por la influencia de unos libros ni para esquivar a la muerte, sino porque cumplió su misión con lealtad.

El júbilo con que recibe la herencia del difunto caballero confirma su materialismo vulgar, pero detrás de la misma, le dejaba su verdadera sublime herencia: el quijotismo que pasa a ser sinónimo de múltiples virtudes. Es posible que después de la muerte del amo, Sancho cayera en una melancolía pasajera, mientras le llovían las burlas de sus paisanos y el estigma se

propagaba entre su familia, pero él ya estaba preparado para sobrevivir a cualquier controversia, conformado en un indestructible prototipo de lealtad.

Si Don Quijote resistió a su manera, la ausencia de Sancho durante el tiempo en que se hizo cargo de la gobernación de la ínsula, tras la muerte de su amo, el escudero tendrá que superar la ausencia con esa herencia inmortal que ya era su responsabilidad, porque su honestidad ciega y honesta, fungió como sustento del idealismo y la justicia, disfrazado de locura, idealismo heredado a Sancho Panza y que se transforma en paradigma de lealtad para la posteridad.

En esa gran novela universal de Miguel de Cervantes, el escudero es el sobreviviente y, sin ningún vínculo sanguíneo, es el heredero extragenético del idealismo y justicia de Don Quijote. Quizás desde el siglo XVII a esta parte –y sin conciencia de ello–, generación tras generación, todos somos herederos extragenéticos o metagenéticos, del mismo Sancho Panza o al menos del paradigma de la lealtad erigido en su conducta.

## BIBLIOGRAFÍA

- BENIT, André. **Du chevalier à la triste figure à l'homme de la Manche, en Don Quichotte**. Presses Universitaires Blaise Pascal. 2003.
- CANAVAGGIO, Jean. **Cervantès**, France, Évreux, Arthème Fayard. 1997.
- CASTRO, Américo. **El pensamiento de Cervantes**, Barcelona, Noguer. 1972.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. (de). **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**, Barcelona. 2007.
- CÉSPED, BENÍTEZ, I. "Creación y comunicación de mundos en el Quijote", en **Lectures d'une oeuvre Don Quichotte de Cervantes**. Éditions Du Temps. 2001.
- COMBET, Louis. **Cervantès ou les incertitudes du désir. Une approche psychostructurale de l'oeuvre de Cervantès**, France, Presses Universitaires de Lyon. 1980.
- FERNÁNDEZ, Jaime. **Invitación al Quijote**, Madrid, José Porrúa Turanzas. 1989.
- FERRERAS, Juan. **La estructura paródica del Quijote**, Madrid, Taurus. 1982.
- FUENTES, Carlos. **Cervantes o la crítica de la lectura**. (Biblioteca de Estudios Cervantinos 1). Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos. 1994.
- GALA MUÑOZ, Manuel. "La ciudad de Cervantes, un pasado con futuro." Rosas Mayén, Norma, ed. Guanajuato en la geografía del Quijote. **Actas del VI Coloquio Cervantino Internacional**, febrero 1993. Guanajuato, México: Gobierno del Estado de Guanajuato. 1994.
- GARCÍA Gibert, Javier. **Cervantes y la melancolía: Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos**. (Novatores 7). Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- GUENOUM, Pierre. **Cervantès par lui-même**, Paris, Éditions du Seuil. 1971.
- HURTADO TORRES, A. **La prosa de ficción en los siglos de oro**, Madrid, Playor. 1983.

JOLY, Monique. “Pour une nouvelle approche du discours sur la folie et la simplicité d’esprit au siècle d’or”, en **Études sur Don Quichotte**, Paris, Publications de la Sorbonne. 1996.

LASPÉRAS, Jean-Michel. **La nouvelle en Espagne au siècle d’or**, France, Publications de la Recherche, Université de Montpellier. 1987.

MARAVALL, José. **Utopía y contrautopía en el Quijote**, Santiago de Compostela, Pico Sacro. 1976.

MORÓN ARROYO, C.: **Nuevas meditaciones del Quijote**, Madrid, Gredos. 1976.

ORTEGA Y GASSET, J. **Meditaciones del Quijote con un apéndice inédito**, Madrid, Alianza. 1981.

PERROT, Danielle. France, Clermont-Ferrand, **Presses Universitaires Blaise Pascal**. 2003.

SÁNCHEZ, Jean-Pierre. Paris, Éditions Du Temps, 2001.

SERMAIN, Jean-Paul. **Don Quichotte. Cervantès**, Paris, Ellipses/Éditions Marketing.1998.